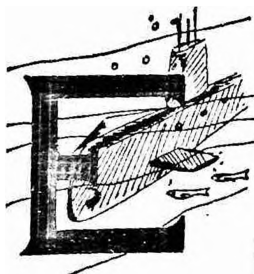


El Héroe

Por

Rodrigo FUENZALIDA Bade
Capitán de navío (R), Armada de Chile
Academia Chilena de la Historia.



EN EL NOTABLE ensa/o que hace William Frederick Sater titulado "Arturo Prat, símbolo de ideales nacionales ante la frustración chilena" (1) señala que de las acciones navales desarrolladas aquel 21 de mayo de 1879, Carlos Condell fue aclamado el héroe del momento y que resulta curioso que también Prat compartiera los honores y, aún más, suplantara a éste, en circunstancias que el primero ganó un combate y el segundo lo perdió. La victoria se dio en Punta Gruesa, donde se quebró la espina dorsal del poderío naval peruano y por lo tanto debería ser Condell el héroe máximo tanto en ese combate como en la Guerra del Pacífico.

Se expresa también: "Muchos dirán, sin embargo, que la popularidad de Prat se de-

be a su muerte y que este hecho por sí solo lo hace digno de elogio; pero como ja muerte es un común denominador de la guerra, si ésta fuera la única condición para el heroísmo, todos los caídos en la batalla serían héroes".

Dice que "la respuesta no se encuentra analizando la calidad de sus actos o dé su muerte, sino en el pueblo chileno mismo. Un acto no puede ser heroico si no hay un pueblo que lo considere como tal, si no satisface ciertas necesidades íntimas. Una sinfonía deja de serlo ante un auditorio de sordomudos y se convierte en una farsa, porque es el individuo quien posee la capacidad de transformar una experiencia sensorial en una emocional que lo satisfaga.

"Lo mismo sucede con el heroísmo; un héroe sólo lo es porque los hombres ven en él algo que admiran y que quizás quisieran llegar a ser. He aquí que la raíz y la causa de la popularidad de Prat yacen en la sociedad de Chile de 1879 en adelante —aquellos que lo convirtieron en héroe—

(1) Revista "Mapocho". Año IV. Tomo V. N° 4. Biblioteca Nacional 1966, págs. 249 a 259.

y si sigue siéndolo, es porque las generaciones que lo sucedieron también encontraron algo en él, algo que les mereció su devoción".

Luego el ensayista se explaya señalando que la guerra contra el Perú y Bolivia poco menos que tomó de sorpresa a Chile, para quien la preocupación principal estaba al otro lado de los Andes. En eso tiene razón y en muchas cosas más, especialmente en las recriminaciones que se hacían al gobierno que obraba con improvisaciones y ante un cúmulo de contrariedades internas que desarticulaban, día a día, "la verdadera orientación que debía darse a las operaciones militares".

En el fondo el articulista concluye que la popularidad de Prat se debió a la impopularidad del gobierno de Pinto, pues el pueblo chileno halló en el comandante de la "Esmeralda" la persona a quien emular, cuando se veía claramente una mala conducción de parte de La Moneda.

En todo cuanto dice hay mucho de verdad. La dirección de la guerra suscitaba agrias discusiones entre los partidos políticos y los gobernantes, las cuales trascendían incluso hasta las mismas Fuerzas Armadas, donde había un clima de desconfianza y desaliento. El desorden era general, el pueblo no tomaba en cuenta la gravedad de la situación y, al parecer, no le importaba mayormente la guerra en que se hallaba envuelto el país. La generalidad de la ciudadanía creía que sólo las provincias del norte vivían en estado de beligerancia y por ello no aportaba el concurso unido, indispensable en los conflictos o desastres nacionales. Debido a ello el espíritu crítico dominaba en todos los ambientes. En todas partes se veían errores y defectos y las masas se inclinaban al pesimismo derrotista.

Y así, viviéndose una situación tan desalentadora, amaneció, y se tiñó de sangre el 21 de mayo de 1879.

Las primeras noticias llegaron a las provincias centrales con sus contradicciones e inexactitudes. Aún no confirmados los hechos, se creyó que el desarrollo de las hostilidades estaba fijado desfavorablemente. Nuestra fuerza naval habría sufrido un rudo golpe con el hundimiento de uno de sus buques y se habían perdido más de un centenar de oficiales esclarecidos y acreditados tripulantes. Ya, en el comienzo de la lucha, Chile comenzaba a perder. El derro-

tismo nacional comenzó a extenderse rápidamente y las críticas al Gobierno se hicieron más acerbas

Pero... de entre los trozos humeantes de la frágil embarcación perdida en el océano y todavía envuelta entre las llamas, la sangre, el humo, la pólvora y el fragor del combate, comenzó a irradiarse una luz cuyos fulgores enceguecieron a los dudosos y descontentos y los hizo trocar su derrotismo en viva fuerza alentadora.

Era la figura esplendente de un joven comandante que, firme la espada, el espíritu resuelto, desafiante, impávido, audaz ante la muerte segura, saltaba pujantemente sobre la cubierta enemiga, decidido a entregar su vida para glorificar un combate que para nuestra patria estaba de antemano perdido por la desproporción de fuerzas sin parangón posible.

Y siguió disipándose la bruma. Ahora, no sólo Prat habíase inmolado. Aldea, Serrano y otros siguieron en el salto prodigioso y los que quedaron a bordo de la "Esmeralda", por no haber alcanzado a saltar, cumplieron la consigna de su malogrado comandante.

Y apareció ante los ojos del pueblo chileno ensimismado la hazaña de Condell y el agorero desastre dio paso a un entusiasmo loco. La mentalidad de un pueblo se trastrocó. Comprendió el país que la guerra no era una incruenta maniobra y que no bastaba que sólo las provincias nortinas, ucharan y dirimieran la contienda. Para lograr la victoria era preciso ir al sacrificio, buscar la violencia, demostrar energía y sobre todo tener coraje.

En la nación estremecida, el materialismo imperante dio paso a las fuerzas volitivas nacionales, el ánimo decaído del pueblo se tonificó y se retempló el espíritu de lucha que dio fe en los destinos de la patria y gracias a esta nueva voluntad se inició una cadena continuada de éxitos en los campos militares.

No fue pues el pueblo chileno el que convirtió en héroe a Arturo Prat y le haya dado tanta popularidad. La verdad es que en la acción del 21 de mayo hubo muchos héroes. Condell lo es sin duda alguna, así como el gran vencedor de la contienda, y Prat y los suyos lo fueron por su inmola-ción. Lo grande, y que olvida nuestro ensayista William Frederick Sater, es que no sólo fue el pueblo chileno quien proclamó

un héroe popular, fue el mundo entero. Basta sólo leer los comentarios de la prensa universal de la época, que dijeron al mundo que en las aguas de Iquique se había librado uno de los hechos más gloriosos y heroicos del mundo moderno. Fueron los propios espectadores de tierra que testimoniaron la heroicidad de Prat. Aquí no se oía esperar que el pueblo considerara el hecho como heroico, ya lo era por sí mismo, sin esperar un veredicto popular. Cierro es que el acto de heroicidad de Prat levantó las masas y aglutinó las voluntades; pero no sólo por ello se hizo héroe.

Si escrutamos nuestra historia, veremos que si hay algo con relieves grandiosos, es este combate de Iquique por sus consecuencias. Un hombre joven, lleno de esperanzas, de acrisolados antecedentes, se inmoló en holocausto y proclamó ante el país y el mundo, con su propia fe en quienes lo seguirían, su seguridad de que, si él moría, el resto cumpliría con su deber. Sus palabras vibrantes y precisas indicaban a las generaciones venideras la necesidad de deponer los egoísmos para esforzarse en la unión de energías y pareceres y asociación de voluntades en procura del éxito de los destinos nacionales, tanto en la paz como en la guerra.

La influencia que un hombre determinado pueda ejercer en el desarrollo de los acontecimientos es, sin duda, uno de los factores geopolíticos más interesantes y que muchas veces determinan la grandeza o la decadencia de las naciones.

Al decir del profesor Sidney Cook, presidente del Departamento de Filosofía de la Escuela Graduada de la Universidad de Nueva York, "un héroe es un individuo al cual se le puede atribuir justificadamente una influencia preponderante en la determinación de una medida o suceso cuyas consecuencias habrían sido profundamente distintas si no hubiera actuado en la forma que lo hizo". En consecuencia, un héroe es un hombre que determina los acontecimientos, que encuentra una encrucijada en la ruta histórica, pero también ayuda, por decirlo así, a crearla. Aumenta los altibajos del éxito debido a las alternativas que elige en virtud de las extraordinarias cualidades que posee para comprenderlo. Es un hombre que deja el sello positivo de su personalidad en la historia, un sello que puede observarse después de haber desaparecido él de la escena.

El hombre de quien tratamos hizo mucho más que encontrar una encrucijada en la ruta histórica, pues prácticamente creó esta ruta. Su arenga inmortal, sus antecedentes brillantes y reputación de marino, su hombría de bien y su maravilloso legado a la posteridad con su ejemplar acción, todo eso se impuso al desorden y a la anarquía por la que pasaba el país y le indujo a crear su destino en el camino que eligió consciente y deliberadamente.

De acuerdo con esto, Chile encontró en Iquique su héroe popular. Arturo Prat deja en la guerra del Pacífico una señal que permanecerá imperecedera en nuestra historia.

Si nos remitimos a las expresiones de los filósofos que con tanto acierto cita en su excelente artículo en la "Revista de Marina" de julio-agosto de 1968 el capellán Florencio Infante Díaz, vemos cómo no nos salimos del concepto de héroe contrario a lo expresado por el señor William Frederick Sater. Según el mencionado artículo, al decir de Emerson, "un héroe es el hombre incommoviblemente afirmado en sus principios". ¿Acaso Arturo Prat se salió alguna vez de sus principios? Carlyle dice que "un héroe lo es en todos los sentidos y ante todo en el corazón y en el alma". ¿Habría otro ejemplo tan claro como el de Arturo Prat? Según Jaime Balmes: "pocos son los hombres que se sobreponen completamente a las circunstancias que los rodean, pocos son los que arrostran un gran peligro por la sola causa de la verdad, pocos son los que en situaciones críticas no buscan una transacción entre sus intereses y su conciencia. Al atrevesarse riesgos de mucha gravedad, el mantenerse fiel a la virtud es heroísmo y el heroísmo es una cosa rara". ¿Es que acaso Prat se aleja de estos conceptos? Al contrario, los afirma.

Por último, sin necesidad de citar mayores opiniones autorizadas, Arturo Prat es un héroe por sí mismo y a su propia personalidad de héroe agrega un acto heroico sublime. Prat encarna en sí mismo, aun en tiempos de paz, los más altos valores espirituales y morales.

El pueblo chileno necesita tener sobre sus altares a quienes lleven consigo estos valores, que es lo que él entiende por características de la "raza chilena". Para ello no los elige estrictamente en función de sus actos heroicos o de los resultados prácticos que dichos actos pueden tener, sino en cuanto a si el héroe y su acto de heroísmo se

acercan a la imagen que se tiene forjada para él, como encarnación de las virtudes de la raza. Ese es Prat.

Esto no sólo es válido para 1879, donde en plena guerra se necesitó un Prat. Hoy día, en 1978, después del desastre económico, político y moral, que terminó el 11 de septiembre de 1973, el pueblo chileno ha vuelto a buscar afanosamente su héroe. Al igual que Prat, más que actos concretos o resultados, hay que seguir un conjunto de principios. En el fondo, una doctrina. De allí que nos acordamos de Portales.

Porque los chilenos constituimos una nación más de fondo que de forma.

Y por último, ¿qué habría sido de Conde y la "Covadonga" si Prat y los suyos no hubieran resistido como lo hicieron al "Huáscar"? La heroica resistencia de los hombres de la "Esmeralda" dio tiempo a la "Covadonga" para alejarse, y cuando el "Huáscar", consumado el sacrificio de su oponente, pretendió perseguirla, ya era tarde, pues la distancia había aumentado demasiado y la goleta, averiada y todo, alcanzó a ocultarse en la obscuridad.

